

Las claves del mundo actual

Una historia global desde 1989

Rosa Pardo • Isidro Sepúlveda



3.^a edición revisada
y actualizada

UNED

EDITORIAL
SINTESIS

LAS CLAVES DEL MUNDO ACTUAL

Una historia global desde 1989

(3.^a edición revisada y actualizada)



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LAS CLAVES DEL MUNDO ACTUAL

Una historia global desde 1989

(3.ª edición revisada y actualizada)

Rosa Pardo
Isidro Sepúlveda



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Tercera edición, 2023

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© Rosa Pardo
Isidro Sepúlveda

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono 91 593 20 98
<http://www.sintesis.com>

ISBN: 978-84-1357-310-6
Depósito Legal: M. 29.365-2023

Impreso en España - Printed in Spain

A Juan Avilés, compañero, maestro y amigo
In memoriam

Índice

Introducción	15
<hr/>	
Capítulo 1. Desarrollo económico y bienestar humano	19
<hr/>	
1.1. El desarrollo económico	19
1.1.1. El desarrollo económico en perspectiva histórica	19
1.1.2. La desigualdad económica en el mundo de hoy	21
1.1.3. Los factores del desarrollo económico	23
1.2. El desarrollo humano	27
1.2.1. Salud, educación y desarrollo humano en el mundo de hoy	27
1.2.2. El desarrollo humano en perspectiva histórica	31
1.3. La Gran Recesión	33
1.3.1. Los orígenes de la Gran Recesión en los Estados Unidos ..	34
1.3.2. La crisis de la deuda soberana en la zona euro	39
1.3.3. De la divergencia a la convergencia	41
1.3.4. La pandemia global	41
<hr/>	
Capítulo 2. Transición demográfica y cambio social	43
<hr/>	
2.1. Transición demográfica y declive de la natalidad	43
2.1.1. Un poco de historia demográfica	44
2.1.2. Las tendencias demográficas en cifras	45
2.1.3. Las ciudades del futuro	48
2.1.4. Las edades de la población y sus consecuencias	49
2.2. Migraciones y multiculturalismo	51
2.2.1. Luces y sombras de los movimientos migratorios	52
2.2.2. Multiculturalismo	54
2.3. Las mujeres en el siglo XXI	57
2.3.1. Los avances	57

2.3.2. El índice de desigualdad de género	59
2.4. Cambio cultural y desarrollo humano	64

Capítulo 3. Debates políticos: avances y retrocesos democráticos 71

3.1. Democracia	71
3.1.1. Definición y fórmulas de gobierno	71
3.1.2. Regímenes no democráticos	75
3.2. El avance de la democracia desde el último tercio del siglo xx ..	78
3.2.1. La tercera ola	78
3.2.2. Los factores de la democratización	81
3.2.3. La democratización en el siglo <i>xxi</i> : ¿una nueva fase de estancamiento?	83
3.3. Debates en torno a la democracia	88
3.3.1. Democracia y desarrollo	88
3.3.2. Democracia y eficacia de gobierno (gobernanza)	94
3.3.3. Minorías étnicas, nacionalismos y democracia	97
3.3.4. Religión y democracia	100

Capítulo 4. Guerra y paz 103

4.1. La guerra en la historia	103
4.2. Naciones Unidas, la paz mundial y la Guerra Fría	105
4.2.1. El nacimiento del pacifismo	106
4.2.2. Origen y estructura de las Naciones Unidas	106
4.2.3. La Guerra Fría	108
4.3. Las guerras de nuestros días	110
4.3.1. El declive de la guerra	111
4.3.2. Atraso económico y guerras civiles	113
4.3.3. Las operaciones de paz	114
4.3.4. La amenaza de la proliferación nuclear	117
4.4. El terrorismo	119
4.5. El genocidio y otros crímenes de lesa humanidad	120
4.6. Los factores de la paz	122

Capítulo 5. Terrorismo y guerra en el siglo *xxi*: la amenaza yihadí 125

5.1. Al Qaeda y los atentados del 11-S	125
5.1.1. Islamismo y yihadismo	126

5.1.2. Orígenes de Al Qaeda	127
5.1.3. Los atentados del 11-S	128
5.2. La guerra en Afganistán	128
5.2.1. De la guerra afgano-soviética al régimen talibán	128
5.2.2. Tras el 11-S: la respuesta de los Estados Unidos y la caída de los talibanes	129
5.2.3. La insurgencia afgana	130
5.2.4. Hacia la retirada de Afganistán	131
5.3. La guerra en Irak	132
5.3.1. Saddam Hussein y las guerras del Golfo	132
5.3.2. La invasión de Irak	133
5.3.3. La insurgencia	136
5.3.4. El despertar, la oleada y la retirada	137
5.4. La guerra contra el terror y el declive de Al Qaeda	139
5.4.1. La guerra contra el terror	139
5.4.2. El declive de Al Qaeda	141
5.5. Auge y caída del Dáesh	142
5.5.1. La guerra civil siria	143
5.5.2. El avance en Irak y la proclamación del califato	144
5.5.3. La caída	146
5.5.4. La amenaza yihadista en el mundo de hoy	146
Capítulo 6. Ciencia, tecnología y sociedad	149
<hr/>	
6.1. Educación y ciencia	150
6.2. Un nuevo territorio: el ciberespacio y la inteligencia artificial ...	151
6.2.1. Orígenes y desarrollo de internet	151
6.2.2. Internet y la sociedad actual	153
6.2.3. Los problemas de la ciberseguridad	156
6.2.4. Inteligencia artificial y otros avances científicos y tecnológicos	158
6.3. Desarrollo tecnológico y medioambiente	161
6.3.1. El movimiento ambientalista (o ecologista)	161
6.3.2. La hipótesis de la transición ambiental	163
6.3.3. El problema del calentamiento global	164
Capítulo 7. Rusia y la herencia soviética	169
<hr/>	
7.1. Auge y caída de la Unión Soviética	169
7.2. Economía y política en las repúblicas exsoviéticas	171

7.2.1. Tendencias demográficas	171
7.2.2. El desarrollo económico	172
7.2.3. El desarrollo humano	173
7.2.4. La persistencia del autoritarismo	174
7.3. Rusia en transición: la etapa de Yeltsin	175
7.3.1. El nuevo Estado ruso	175
7.3.2. Las reformas económicas	176
7.3.3. La crisis política de 1993	178
7.3.4. Los problemas de la federación y la primera guerra de Chechenia	179
7.3.5. De Yeltsin a Putin	180
7.4. La consolidación de la nueva Rusia: la era Putin	181
7.4.1. La segunda guerra de Chechenia	181
7.4.2. El Estado ruso en el siglo <i>XXI</i>	182
7.4.3. La política exterior: Rusia como gran potencia	183
7.4.4. Economía y sociedad	189

Capítulo 8. Asia oriental 189

8.1. Economía y política en Asia oriental: rasgos generales	189
8.1.1. Tendencias demográficas	190
8.1.2. El desarrollo económico	190
8.1.3. El desarrollo humano	192
8.1.4. Dictaduras y democracias	194
8.2. China: autoritarismo político y expansión económica	194
8.2.1. Deng Xiaoping, el reformador	195
8.2.2. La frustración de las aspiraciones democráticas: Tiananmen	196
8.2.3. Economía de mercado, dictadura de partido y desarrollo acelerado	197
8.2.4. Hong Kong y Taiwán	199
8.2.5. La política exterior y de defensa	200
8.3. Japón, prosperidad económica y estabilidad política	202
8.3.1. Las transformaciones económicas	203
8.3.2. La estabilidad política	204
8.4. Las dos Coreas	205
8.4.1. Desarrollo y democratización en Corea del Sur	206
8.4.2. Corea del Norte: un régimen autoritario y cerrado al exterior	208
8.5. Indonesia: Islam y democracia en el Sudeste de Asia	210

Capítulo 9. La India y Pakistán	213
9.1. Economía y política en Asia meridional	213
9.1.1. Tendencias demográficas	213
9.1.2. El desarrollo económico	214
9.1.3. El desarrollo humano	215
9.1.4. Tendencias políticas	215
9.2. La India, la mayor democracia	216
9.2.1. La herencia de Nehru	216
9.2.2. El Gobierno Rao y las reformas económicas	217
9.2.3. El nacionalismo hinduista y el Gobierno Vajpayee	218
9.2.4. El retorno del Congreso y el Gobierno Singh	220
9.2.5. Insurrecciones y terrorismo	221
9.2.6. El triunfo del BJP en el 2014 y el Gobierno de Modi	221
9.3. Pakistán: democracia, militarismo e islamismo	222
9.3.1. Civiles y militares	223
9.3.2. La década de los noventa: Benazir Bhutto y Nawaz Sharif	224
9.3.3. El Gobierno de Musharraf	224
9.3.4. El retorno a la democracia	225
Capítulo 10. Oriente Medio y norte de África	227
10.1. Economía y política en Medio Oriente y norte de África	227
10.1.1. Tendencias demográficas	228
10.1.2. El desarrollo económico	228
10.1.3. El desarrollo humano	229
10.1.4. Tendencias políticas	230
10.2. El conflicto árabe-israelí	231
10.3. Tres países árabes: Arabia Saudí, Egipto y Marruecos	233
10.3.1. Arabia Saudí: petróleo e integrismo	234
10.3.2. Egipto: el régimen de Mubarak	235
10.3.3. Marruecos: monarquía y pluralismo	236
10.4. La Primavera Árabe y sus consecuencias	238
10.5. Turquía: democracia, islamismo y autoritarismo	241
10.6. La República Islámica de Irán	243
Capítulo 11. África subsahariana	247
11.1. La demografía	247
11.2. La economía	249

11.3. El bienestar social	256
11.4. La política	258
11.5. Los conflictos armados	264
11.6. Sudáfrica: del racismo a la democracia	269
Capítulo 12. América Latina	273
<hr/>	
12.1. Economía y sociedad en América Latina	274
12.1.1. Dinámicas demográficas	274
12.1.2. Desarrollo económico limitado	276
12.2. La democracia en América Latina	280
12.2.1. La oleada democratizadora	280
12.2.2. Procesos de integración	284
12.3. Evolución política de los principales Estados latinoamericanos	287
12.3.1. México	288
12.3.2. Brasil	290
12.3.3. Argentina	292
12.3.4. Chile	295
12.3.5. Colombia	299
12.3.6. Venezuela	302
Capítulo 13. Los Estados Unidos	307
<hr/>	
13.1. Demografía, economía, sociedad y política en América del Norte y en las democracias avanzadas de la cuenca del Pacífico	308
13.1.1. La demografía	308
13.1.2. El desarrollo económico	309
13.1.3. El desarrollo humano	311
13.2. Elementos estructurales de la política estadounidense	312
13.2.1. El sistema de partidos en los Estados Unidos	313
13.2.2. Tendencias en la política exterior	315
13.2.3. La apoteosis del <i>American Century</i>	316
13.3. La herencia de la era Reagan y el mandato de George Bush	317
13.3.1. El triunfo del neoliberalismo: Ronald Reagan (1981-1988)	318
13.3.2. Continuidad y crisis: George Bush (1990-1993)	319
13.4. La vuelta a la prosperidad: Bill Clinton (1993-2000)	323
13.4.1. La salida de la crisis y el triunfo de la <i>nueva economía</i> ...	324
13.4.2. El liderazgo selectivo	327
13.5. La voluntad imperial: George W. Bush (2001-2009)	330

13.5.1. Seguridad, déficit y crisis	331
13.5.2. Las consecuencias del 11-S	334
13.6. Cambio y recuperación: Barak Obama (2009-2016)	335
13.6.1. Discurso refundacional y propuestas innovadoras	336
13.6.2. Pacificación y redireccionamiento	339
13.7. <i>America first</i> : Donald Trump (2017-2020)	341
Capítulo 14. Europa	345
<hr/>	
14.1. Economía y política en Europa	345
14.1.1. Tendencias demográficas	346
14.1.2. El desarrollo económico	346
14.1.3. El desarrollo humano	347
14.1.4. Tendencias políticas	348
14.2. La construcción de la Unión Europea	349
14.3. Alemania, en el corazón de Europa	353
14.4. Gran Bretaña, entre la integración y el euroescepticismo	356
14.5. Francia, la evolución de la V República	362
14.6. Italia, la interminable crisis de la primera República	368
14.7. Los países nórdicos	372
14.8. Europa centro-oriental	374
Lecturas recomendadas	377
<hr/>	

2

Transición demográfica y cambio social

En los dos últimos siglos, la humanidad ha pasado de 1.000 millones de personas a más de 8.000. El crecimiento más espectacular se produjo a mediados del siglo xx, en lo que se puede calificar como una verdadera explosión demográfica. El desafío de las décadas pasadas fue contener y encauzar esta expansión para garantizar la sostenibilidad de los recursos del planeta y la reducción de la pobreza. La actual tendencia es una desaceleración merced a la constante caída de la natalidad, que empieza a provocar problemas de envejecimiento en muchos países.

En este capítulo, se abordarán las contradictorias consecuencias del desigual avance del proceso de transición demográfica y su impacto sobre el desarrollo humano. Se tratarán también los progresos en la situación de las mujeres en términos de igualdad de género, factor decisivo en las dinámicas demográficas y de cambio social. Finalmente, se planteará la interrelación entre desarrollo y cambio cultural, para ayudar a explicar la evolución en el ámbito de los valores en las últimas décadas.

2.1. Transición demográfica y declive de la natalidad

La cifra de población de un país resulta de tres procesos: nacimientos, muertes y migraciones. Suman los nacimientos y los inmigrantes; restan las muertes y los emigrantes. Es difícil medir la población mundial, porque los censos que llevan a cabo los distintos Estados no siempre son exhaustivos debido a razones políticas (oposición al censo), culturales (analfabetismo) o coyunturales (guerras, situación ilegal). Según Naciones Unidas, en noviembre de 2022 la tierra alcanzó los 8.000 millones de habitantes y en 2023 India sobrepasará a China en población, convirtiéndose en el país más poblado.

2.1.1. *Un poco de historia demográfica*

La humanidad tardó mucho tiempo en alcanzar los 1.000 millones de habitantes: en torno al año 1800. A los 2.000 se llegó en 1927, pero, para rebasar la cifra de 3.000 millones, ya solo tuvieron que pasar 32 años. Desde 1960 hasta la actualidad, la población mundial ha ido ganando 1.000 millones más cada 13 o 14 años. La previsión, sin embargo, es que el ritmo se ralentice. Según Naciones Unidas, habría 8.500 millones en 2030, unos 9.700 en 2050 y en torno a 10.400 en la década de 2080, una cifra que se estancaría ya hasta el final de siglo. Algunos demógrafos (*The Lancet*, 2020), en cambio, estiman que el decrecimiento podría empezar mucho antes, desde mediados de siglo (2040-2060), cuando se llegue a los 9.000 millones, para terminar la centuria en 8.800, incluso menos si se cumplieran los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

La razón es que la tasa mundial de crecimiento demográfico va disminuyendo desde su máximo del 2% anual en el lapso 1965-1970 hasta caer por debajo del 1% en 2020. Este proceso se ha visto acompañado de un incremento de la esperanza de vida: menos de 30 años a finales del siglo XVIII, frente a los más de 73 de 2023. Como consecuencia de la pandemia del coronavirus COVID-19 (con una mortalidad estimada en unos 7 millones de personas) la esperanza de vida cayó a 71 años en 2021, con mayores retrocesos en Asia Central y Meridional, América Latina y Caribe. Pero la esperanza de vida global se ha recuperado y la proyección es de 77 años para 2050. Desde 1950, se han ganado 12 años y, en países menos desarrollados, hasta 28. Así, la mortalidad infantil al nacer cayó en las últimas cinco décadas de 133 defunciones por cada 1.000 nacimientos a solo 30 y la tasa de fertilidad (número de hijos que se prevé ha de tener una mujer en su etapa fértil, calculada entre 15 y 49 años) disminuyó de 6 a 2,3 en 2021. Un fenómeno simultáneo ha sido el espectacular crecimiento de la población urbana, que, en el siglo XX pasó de 220 a 4.150 millones, lo que supone el 55% de la población total en la actualidad.

El modelo que mejor explica esta evolución es el de la transición demográfica. Fue propuesto en 1929 por el demógrafo americano Warren Thompson tras estudiar lo sucedido en los países más desarrollados a partir del siglo XVIII relacionando cambios demográficos y socioeconómicos. Esta teoría enuncia el paso, en cuatro fases, de un régimen demográfico con equilibrio entre natalidad y mortalidad elevadas a otro basado en una natalidad y mortalidad bajas. La primera fase remite a las sociedades tradicionales o preindustriales y se caracteriza por recurrentes crisis de subsistencias, epidemias, guerras y precarias condiciones de vida, que se traducen en una elevada mortalidad. Es necesario tener muchos hijos para que sobrevivan la mitad hasta la edad adulta y, del equilibrio entre las tasas de mortalidad y natalidad elevadas, resulta, por tanto, un crecimiento demográfico lento.

La segunda fase se caracteriza por un marcado retroceso de la tasa de mortalidad debido al desarrollo tecnológico y económico (sociedades industriales), mejoras en la agricultura y la alimentación, medicina, higiene y educación. Al no darse un descenso equivalente de la tasa de natalidad, el resultado es un rápido incremento

de la población, tal como ocurrió en Europa occidental y los EE. UU. gradualmente en el siglo XIX. Los países en desarrollo han alcanzado esta fase en apenas una o dos décadas durante la segunda mitad del siglo XX, ayudados por los adelantos científico-sanitarios, a un ritmo de urbanización brutal y sin las facilidades para emigrar al extranjero con las que contaron muchas décadas antes los países europeos. Su formidable crecimiento demográfico podría haber generado una grave crisis de subsistencias (de hecho, algunos Estados pusieron en marcha campañas para el control de la natalidad), pero el riesgo se contuvo porque la transición a la siguiente etapa fue más rápida de lo previsto, sobre todo en los países de desarrollo medio.

En la tercera fase, se mantiene la caída de la mortalidad, pero disminuye más rápidamente la tasa de natalidad como consecuencia del cambio socioeconómico y de mentalidad: acceso a programas de planificación familiar eficaces, mayor educación, autonomía e incorporación de la mujer al trabajo, masiva emigración a ciudades, agricultura de mercado, etc. Las parejas optan por criar un menor número de hijos (que sobreviven gracias a la drástica reducción de la mortalidad infantil), lo que ayuda a reducir la pobreza de la unidad familiar. En consecuencia, el ritmo de crecimiento demográfico se frena. Esta caída de la fecundidad, que se dio primero solo en los países más desarrollados, se extendió en muy poco tiempo a Asia oriental y sudoriental y a América Latina, pero mucho más lentamente a África.

La cuarta fase, típica de sociedades posindustriales, se caracteriza por tasas muy bajas tanto de natalidad como de mortalidad. El crecimiento es mínimo o casi nulo, de forma que las cifras de población se estabilizan. En algunos países, se empieza a producir un crecimiento negativo porque la tasa de fertilidad se sitúa por debajo de la tasa de reemplazo (2,1 hijos por mujer, uno de ellos una niña) lo que conduce, además, a un aumento de la edad media de la población, con serias consecuencias económicas solo temporalmente compensadas por la inmigración. Dado que el descenso de la natalidad ha dejado de ser un fenómeno específico de los países desarrollados y se está produciendo ya en la mayor parte del mundo, se perfila un futuro demográfico marcado por el envejecimiento, que ya se constata en algunos países, y una disminución de la población desde mediados o finales del siglo XXI.

2.1.2. Las tendencias demográficas en cifras

El continente más poblado de la tierra es Asia: su región oriental y sudoriental, con 2.300 millones, y su zona central y meridional, con 2.100 millones, suponen el 56 por ciento del total mundial. Los dos gigantes demográficos son India y China, con más de 1.400 millones de habitantes. Les siguen EEUU (340), Indonesia (278), Pakistán (240), Nigeria (224) y Brasil (216), más el grupo que pasa de cien millones: Bangladesh, Rusia, México, Etiopía, Japón, Filipinas, Egipto y República Democrática del Congo. Por nivel de desarrollo, según el IDH (2018), un 50% de la población mundial vive en los países más desarrollados, un 36% en países de desarrollo medio y el 13% en los menos desarrollados.

La media mundial de hijos por mujer en el 2022 es del 2,3. En los países más desarrollados baja al 1,5 (Unión Europea) y 1,6 (EE.UU), pero sube en Asia central y Meridional (2.3), Magreb y Asia Occidental (2.8), para llegar al 4,6 en algunos países de bajo desarrollo. Los factores que frenan la caída de la fertilidad son la desigualdad entre géneros, determinadas tradiciones y creencias de que las familias numerosas son un signo de riqueza y la limitada difusión de los anticonceptivos modernos. Para controlar la natalidad, resultan más eficaces las políticas que respetan la libertad de opción y fomentan la educación y los servicios de salud que aquellas que limitan por ley la cantidad de hijos. El ritmo de descenso se ha ralentizado un poco aunque, si se mantiene el declive previsto, África será la única región del mundo donde la población se duplicará o triplicará en los próximos cuarenta años; Asia seguirá siendo la región más populosa, pero parará su crecimiento en torno al 2050.

La esperanza de vida en el mundo sigue aumentando. La llamada *transición sanitaria* se está consumando: supone una caída radical de la mortalidad directamente relacionada con un cambio en las causas de muerte más comunes. Primero, disminuyeron las enfermedades infecciosas y parasitarias (cólera, malaria, etc.) y del aparato respiratorio y digestivo, que afectan sobre todo a los más jóvenes; después, sobre todo a partir de 1945, la caída incidió en los adultos (con mortalidad ligada a enfermedades crónicas y accidentes) y, finalmente, a las edades más avanzadas. En la actualidad, las disparidades, que siguen siendo muy profundas, dependen de la situación sanitaria y de las condiciones de vida de los distintos países. Si en los países más desarrollados supera los 80 (Japón 84,6), en el otro extremo de la tabla (República Centroafricana, Chad, Sierra Leona) ronda los 54 años por la elevada mortalidad infantil, falta de vacunación y acceso a agua potable y saneamiento, incidencia del sida, etc. Por el contrario, las patologías en los países desarrollados son degenerativas (cardiovasculares y cáncer), ligadas al envejecimiento.

Otra característica es la desigualdad biológica entre hombres y mujeres: la esperanza de vida es casi 5 años mayor para las mujeres (76 frente a 70,8 años en 2023), cifra que puede llegar a los 10 años en países de la antigua Unión Soviética por los hábitos de vida y conductas de riesgo masculinas. Solo se mantiene la sobremortalidad femenina en algunos países en las primeras fases de transición sanitaria o con pautas acusadas de discriminación por sexo (Afganistán, Nepal y África subsahariana).

De forma natural, nacen alrededor de 105-6 niños por cada 100 niñas, pero por razones culturales y económicas (transmisión de patrimonio, menor ayuda como fuerza de trabajo, carga financiera por la dote etc.), algunas sociedades buscan modificar esa ratio recurriendo al aborto o al infanticidio, de ahí las cifras más altas de niños en algunos países, sobre todo asiáticos. En la franja de adultos, solo se observa una mayoría de hombres en países como los petrolíferos, con una inmigración masculina intensa. Conforme la edad aumenta, como la mortalidad masculina es superior a la femenina en todas las generaciones, la proporción se reequilibra. En la actualidad, sin embargo, hay unos 80 millones menos de mujeres que de hombres.

Cuadro 2.1. Tendencias demográficas

	Población (millones) 2023	Crecimiento anual (%) 1975-2000 y 2015-2020	Hijos por mujer 1970-1975 y 2017	Esperanza de vida al nacer 1990 y 2022	Población urbana (%) 2000/2022
Total mundial	8.045	1,6	4,5	65	46,7
Países de desarrollo humano muy alto	1.276	0,6	2,1	76	77,0
Países de desarrollo alto	2.478	0,7	2,3	74	70,1
Países de desarrollo medio	3.140	1,7	4,9	62	34,8
Países menos desarrollados	1.151	2,7	6,7	50	28,6
España	47,5	1,5	2,9	77	76,3

Fuente: UNFPA, Estado de la población mundial 2018 y PNUD, Informe de desarrollo humano 2018.

2.1.3. *Las ciudades del futuro*

El crecimiento de las ciudades ha sido vertiginoso en las últimas décadas como consecuencia de la globalización y el desarrollo económico. La población urbana global se ha doblado desde el 25% de 1950 al 56% de 2023, y llega al 79% en las regiones más desarrolladas. Estas cifras se incrementarán si se mantiene el actual ritmo de crecimiento urbano del 2% anual. El proceso afectará sobre todo a los países de desarrollo medio y bajo, en Asia y África.

La expansión de las megaciudades (de más de 10 millones), cuyas áreas metropolitanas se desbordan sobre amplios territorios de difícil delimitación (aglomeraciones urbanas), sigue siendo preocupante, sobre todo porque el impacto del COVID-19 se ha traducido en un incremento de la pobreza y la desigualdad en ellas. Las más pobladas están en Asia: Tokio (39 millones), seguida de Yakarta, Delhi, Manila, Sao Paulo, Seúl, Bombay, Shanghai, México, Cantón, Nueva York, El Cairo y Pekín. No obstante, la mitad de la población urbana vive en ciudades pequeñas, de menos de 500.000 habitantes (más fáciles de planificar) y este porcentaje aumentará en las próximas décadas.

Los beneficios de la urbanización compensan en gran medida sus desventajas: concentran pobreza, pero también oportunidades para escapar de ella, porque están en mejores condiciones para generar empleos e ingresos para más personas, ofrecer educación y servicios de salud por economías de escala y proximidad. Además, las ciudades solo cubren el 2,8% de la superficie del planeta y, siempre que se reduzca su huella ecológica (polución, etc.), esta concentración demográfica da lugar a mayor sostenibilidad. La dispersión del espacio urbano, con la suburbanización residencial y la periurbanización (construcción en zonas de transición no contiguas entre campo y ciudad) la dificultan: los desplazamientos cotidianos son mayores, con contaminación y consumo de energía y agua, invasión de espacios verdes e ineficiencia administrativa. Además, la urbanización apresura la caída de las tasas de fecundidad al facilitar servicios de salud reproductiva, mejorar las condiciones de vida, contribuir a una mayor autonomía de la mujer y acelerar el cambio cultural.

La preponderancia de las ciudades será un signo del siglo XXI, pero de cara al futuro urge mejorar la gobernabilidad de unas ciudades cada vez más complejas y más vulnerables al impacto del cambio climático (sobre todo si se eleva el nivel del mar sobre zonas urbanas costeras) y orientar su expansión antes de que esta ocurra, en forma de barrios de chabolas. La preferencia de los políticos en algunos países es tratar de frenar la migración hacia la ciudad con planes para retener población en las zonas rurales y con desalojos y denegación de servicios en suelo urbano. El caso más conocido es el de China, con 250 millones de *población flotante* rural desplazada a las ciudades. Como la expansión de las ciudades depende sobre todo del crecimiento vegetativo, en los países en desarrollo, habría que trabajar más en rebajar las tasas de fecundidad urbana que en controlar la emigración.

2.1.4. Las edades de la población y sus consecuencias

Detrás de la cifra de los 8.000 millones, se esconde una multiplicidad de situaciones y problemas: una población más joven que nunca en los países de desarrollo-medio y bajo, frente a un profundo envejecimiento de los países más desarrollados, donde los mayores de 65 llegan al 21% en Europa occidental, el 15% en Europa oriental y el 13% y el 17% en América del Norte.

En las regiones que aún están en las primeras fases de la transición demográfica, las altas tasas de fecundidad (más de 6 hijos por mujer en Níger, Chad o Congo) perpetúan la pobreza. Mortalidad y natalidad elevadas, inseguridad alimentaria, desigualdad y pobreza extrema forman un círculo vicioso. Un porcentaje enorme de menores de 15 años (hasta un 44% en algunos países africanos) genera graves problemas cuando los Estados no pueden incrementar sostenidamente las inversiones en salud y educación. Hay poca población adulta para asegurar tareas de producción y para cuidar a los menores. Resulta una carga pesada sobre todo para las mujeres: afecta negativamente a su salud e impide su incorporación al mercado laboral. En algunos países africanos (como Sudáfrica), la incidencia del sida, que afecta a adultos jóvenes, ha agravado el cuadro en los últimos años.

La población joven (menores de 24 años de edad) que constituye un 43% de la población mundial tiene, sin embargo, un inmenso potencial para impulsar el desarrollo de sus países, si se dan las circunstancias adecuadas. En los países de nivel medio y bajo, la coyuntura idónea se produce cuando la caída de la fecundidad ha comenzado y hay un alto porcentaje de población en edad de trabajar al llegar las nuevas generaciones a la edad adulta. Se llama *dividendo demográfico* o *ventana de oportunidad demográfica*. En ese momento, la relación entre personas dependientes (niños de 0 a 15 más ancianos de más de 65) y las personas activas, es decir, la tasa de dependencia (personas entre 15-64 por cada 100 dependientes) es favorable, con casi dos tercios de adultos que pueden dedicarse a tareas productivas. Se han dado dividendos demográficos en Asia oriental en la década de los setenta (hasta una tercera parte de los adelantos de los *tigres* económicos asiáticos –Corea del Sur, Taiwán y Singapur– se explican por los cambios demográficos), en Asia sudoriental en la década de los ochenta y posteriormente en América Latina, Oriente Medio y África septentrional; en el África subsahariana se producirán en el presente milenio. No obstante, encontrar el equilibrio es difícil. Hace falta un esfuerzo en educación y formación para la incorporación de los jóvenes a la vida productiva y hacer coincidir esta fuerza demográfica con una rápida creación de puestos de trabajo. Será complicado en países como la India, donde sigue habiendo un 38% de niños desnutridos y solo el 66% concluye sus estudios primarios, o en Estados árabes con un elevado porcentaje de desempleo juvenil.

La proporción de jóvenes respecto al total de la población ya está empezando a disminuir. Además, en casi todo el mundo, los jóvenes están retrasando su edad de matrimonio. Según datos de Naciones Unidas, en el 2013, la edad media de casamiento en Asia, África subsahariana y América Latina estaba en algo más de 23

años, en cambio, en los países más desarrollados, sobre todo en los países nórdicos y Europa occidental, la mayoría contraía matrimonio con más de 30. En España, sobrepasa los 39 años para los hombres y 36,5 para las mujeres.

Cuadro 2.2. Envejecimiento y tasa de dependencia

	<i>Mediana de edad</i>	<i>Mediana de edad</i>	<i>Tasa de dependencia (por cada 100 personas entre 14-16) 2017</i>	
	<i>2000</i>	<i>2017</i>	<i>Menores 0-14</i>	<i>Mayores de 65</i>
Total mundial	26,7	29,6	39,6	13,3
Países más desarrollo	36,8	39,7	26,2	25,6
Desarrollo alto	27,6	34,4	28,7	13,8
Desarrollo medio	25,6	25,7	45,8	8,4
Desarrollo más bajo	18,4	17,9	80,6	5,6
<i>España</i>	<i>37,6</i>	<i>43,2</i>	<i>22,3</i>	<i>29,5</i>

Fuente: UNFPA, Estado de la población mundial 2018.

Entre el 2000 y el 2050, las cifras de personas con más de 60 años pasarán de 900 a 2.400 millones, del 10 al 21%. Esta situación afectará primero a los países más desarrollados, amenazando con asfixiar sus economías, recortar sus perspectivas de crecimiento y hacer inviables sus sistemas de Seguridad Social. Faltarán adultos para sostener el mercado laboral y pagar impuestos y aumentará el gasto para el cuidado de los mayores enfermos y dependientes, máxime con la profesionalización de servicios que antes se prestaban en el ámbito familiar y a través de relaciones informales gracias al trabajo doméstico femenino y a la familia extensa. Las políticas más efectivas para incentivar la natalidad parecen las escandinavas, con prestaciones y subsidios, permisos para madres y padres por natalidad y servicios de guardería diurna que facilitan la crianza, pero son muy caras. La ratio de dependencia (porcentaje de población de más de 65 años en relación con el grupo de entre 15 y 64 años) es ya un problema grave en Japón (45%) y Europa occidental (casi 30%). Tardará en llegar a China (15%) y aún más al resto del mundo, donde el porcentaje es inferior (13,3%). Otro problema será la protección social de este grupo de edad de más de 65 años: según la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), alrededor del 90% de la población activa mundial no está cubierta por programas de pensiones que le puedan proporcionar un ingreso suficiente de jubilación y un 48% (2017) carece de la más mínima pensión.

2.2. Migraciones y multiculturalismo

Además de muertes y nacimientos, el tercer factor demográfico son las migraciones. Las mejoras y el abaratamiento de los transportes y las comunicaciones han facilitado los movimientos migratorios, que se han convertido en un componente más de la globalización y pueden tener un papel importante en la reducción de la pobreza, como señala la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Naciones Unidas define al *migrante* como alguien que ha residido en un país extranjero durante más de un año, independientemente de las causas de su traslado o de los medios utilizados (legales o ilegales). La migración puede ser, por tanto, voluntaria o forzada; en el primer caso, tiene que ver con razones de trabajo, reunificación familiar o matrimonio. Quienes emigran suelen estar mejor educados que quienes se quedan, pues los migrantes necesitan acceso a información y algún tipo de apoyo financiero para cruzar fronteras. La decisión, que suele tomarse entre los 15 y 30 años, depende de si hay compatriotas conocidos en el lugar de destino (efecto llamada) y de las oportunidades de empleo, vivienda o educación superior. Las personas que viven en otro país sin autorización o sin documentación (visado) son considerados *migrantes irregulares*, mientras que los que han sido introducidos mediante contrabando o han sido objeto de trata de un país a otro son denominados *migrantes ilegales*. Los migrantes forzados son los refugiados, personas que huyen de países asolados por la guerra o la violencia y no pueden o no quieren regresar porque carecerían de protección efectiva.

El fenómeno ha crecido sostenidamente desde 1960: entonces, afectaba al 2,5% de la población mundial y, en el 2022, llegó al 3,6%, casi 300 millones de personas. El mayor grupo vive en Europa (87 millones, casi uno de cada tres) seguida de Asia (86) y América del Norte (59, uno de cada cuatro). Entre diez países alojan a la mitad de los migrantes: los EE. UU. (50 millones), Alemania (15), Arabia Saudí (13,5), Rusia (12), el Reino Unido (9), Emiratos Árabes, Canadá y Francia (sobre 8), Australia y España (sobre 7).

Más del 40% de todos los migrantes internacionales habían nacido en Asia. México es el primer país en número de migrantes, seguido de China y Pakistán. Los principales corredores migratorios se dan en Asia occidental y meridional: India-Bangladesh, afganos a Pakistán e Irán, más la corriente desde Asia Occidental a los países productores de petróleo. En el norte, el mayor flujo es el que llega a los EE. UU. desde México (aunque se está reduciendo por el retorno de emigrantes) y desde Turquía hasta Alemania. Décadas atrás el grueso de la emigración se dirigía hacia países desarrollados, pero esta corriente constituye ahora solo un tercio del total, al aumentar la emigración sur-sur hasta un porcentaje similar.

En Australia y Nueva Zelanda, los inmigrantes representan más de un 20% de su población; en los EE. UU., el 16%; en Europa, el 8,5%, y menos del 2% en el resto de los continentes. Solo en algunos países es determinante: en Emiratos Árabes, Kuwait o Qatar, supone en torno al 80% (por cada adulto nativo hay más de 8 migrantes trabajadores); en Singapur, el 54%, o, en Luxemburgo, el 45%. En

Europa, la inmigración desde países menos desarrollados se ha estabilizado o descendido desde el 2005, en cambio, ha sido relevante la emigración desde Europa oriental tras la caída del comunismo y la guerra de Yugoslavia.

Según ACNUR (Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) la cifra de refugiados, es decir, de personas que se han visto obligadas a huir de sus hogares, fue en 2021 de 21,3 millones (excluyendo los 5,8 millones de palestinos registrados por la UNRWA), la mitad de los cuales son menores de 18 años. Además, se estima que hay 10 millones de personas apátridas a quienes se les ha negado una nacionalidad y acceso a derechos básicos como educación, salud, empleo y libertad de movimiento. Las demandas de asilo político se elevan a 4,6 millones. De los refugiados, el 80% es acogido en países asiáticos y africanos. Los países que más refugiados amparan son Turquía (3,2 millones), Pakistán (1,4), Uganda (1,3), Líbano e Irán (1 millón). Los 28 países de la Unión Europea acogen alrededor de 1,9 millones, aunque las nuevas peticiones de asilo están disminuyendo: los países escandinavos y Alemania son los más generosos. Por país de origen, proceden de Siria (6 millones), Afganistán (2,6), Sudán del Sur (2), Somalia (1) y Sudán (0,7). Las guerras (Siria y Ucrania), la inseguridad y crisis como la de los rohinyá o Venezuela explican los últimos flujos significativos de refugiados que, sumados a los desplazados internos (53,2 millones), llegan hasta los casi 90 millones de personas desamparadas.

2.2.1. Luces y sombras de los movimientos migratorios

La interrelación entre migración internacional y desarrollo es compleja por los problemas y oportunidades que representa para los países de origen y destino. Para los países más desarrollados, es básica a la hora de compensar los efectos de la caída de la natalidad, antes descritos. En un escenario sin migraciones, su población caería en un 10% para el 2050; de hecho, los inmigrantes son ya artífices del 75% de su crecimiento demográfico. Con respecto a la ratio de dependencia, si en el 2010 por cada 10 adultos activos había 4,8 dependientes, sin inmigrantes, esa tasa subiría a 7,1 dependientes por cada 10 adultos trabajadores en el 2050. En consecuencia, el tópico de que los inmigrantes constituyen una pesada carga sobre el sistema de bienestar social del país es falso. Tampoco influyen mucho sobre la situación del empleo y los salarios de la comunidad receptora, pues tienden a ocupar empleos en los que no tienen interés los nacionales del país receptor. Es cierto que compiten directamente con el grupo de más baja cualificación, que pueden mantener bajos los salarios mínimos y retrasar inversiones en tecnología más productiva, pero no parece que esta amenaza sea mayor que la que supone la importación masiva de artículos de bajo coste.

En los países de origen en desarrollo, sus emigrantes pueden representar una pérdida considerable cuando los que se marchan son profesionales capacitados, dados los recursos invertidos en su formación. Casi un tercio del personal especializado

en ciencia y tecnología de estos países vive en el mundo desarrollado, un éxodo que resulta especialmente dañino para el sistema sanitario (médicos y sobre todo enfermeras) de los países menos adelantados. Sin embargo, generalmente, los efectos económicos negativos de pérdida de capital humano quedan ampliamente compensados por las remesas enviadas por los emigrantes y el incremento del intercambio comercial y las inversiones que estas generan. Las remesas registradas oficialmente en países de bajo o medio desarrollo ascendieron en 2022 a 702.000 millones de dólares, una cifra similar a la inversión extranjera directa que reciben y más del doble de la ayuda oficial al desarrollo. Los países que más se benefician son la India, China, México, Filipinas y Egipto. A veces, representan una gran proporción del PIB: Kirguistán (35%), Tayikistán (31%), Haití (29%). En estos países, muchas de las familias que escapan de la pobreza tienen algún miembro en el extranjero, sobre todo si las emigrantes son mujeres, que invierten más en sus hijos que los hombres. Es cierto que quienes menos se benefician son las personas más pobres de los países más pobres, con más dificultades para emigrar; sin embargo, al crear demanda de bienes y servicios, las remesas contribuyen de forma global a incrementar el PIB de los países de origen. La emigración también aporta otro tipo de beneficios en forma de transferencia de ideas, cultura y capital social. Los migrantes pueden actuar como agentes de transformación política y cultural, en particular en el fomento de la igualdad de género, y sus conocimientos suelen redundar en mejoras en la salud y la educación. También forjan familias transnacionales, cuyos miembros pertenecen a dos hogares, dos culturas y dos economías simultáneamente.

El mayor problema es, sin duda, el de los migrantes irregulares e ilegales, obligados a aceptar empleos en la economía sumergida, con más posibilidades de ser explotados, desprotegidos al ser privados en muchos países de derechos (sindicales, por ejemplo), de servicios de salud (salvo en caso de emergencia) o educación y, en algunos casos, víctimas de xenofobia o discriminación en los países de acogida. El número de migrantes indocumentados estaría en torno a 40 millones. Según la OIT (2019), al menos 5,4 millones ellos son víctimas de la trata de seres humanos: la mitad de ellos menores de ambos sexos y un 80% mujeres y niñas. Esta industria constituye una de las actividades comerciales ilícitas más lucrativas junto a venta de armas y droga. Es una de las caras más oscuras de la globalización, pues las víctimas terminan trabajando en condiciones de servidumbre en diversos sectores (doméstico, agrícola, talleres), cuando no en la prostitución o en matrimonios forzados. Constituyen una proporción significativa de los casi 50 millones de personas que viven en condiciones de esclavitud moderna en 2023, por trabajo o matrimonio forzado, en cifras de la OIT.

El problema de los derechos humanos de los migrantes internacionales y de cómo asegurar una migración ordenada, regular y segura, integrada en las políticas de desarrollo sigue abierto. No resulta fácil consensuar internacionalmente políticas racionales que encaucen la migración en lugar de restringirla, respetando el derecho de los Estados a controlarla y a impedir el ingreso de ilegales. Un buen ejemplo son las controversias en torno a la política de inmigración de la Unión Eu-

ropea y la crisis de los refugiados del 2015 al 2016. Las circunstancias geopolíticas que explican la ágil respuesta dada desde 2021 a la avalancha de refugiados ucranianos huidos de la guerra no es fácil que se repitan con migrantes y refugiados de Próximo Oriente y África.

Un paso importante puede ser el Pacto Global para una Migración Ordenada y Regular (Marrakech, 2018), aprobado por iniciativa de Naciones Unidas para lograr una migración segura, ordenada, regular y responsable. No es vinculante, pero aborda por primera vez de forma común e integral el problema y marca 22 objetivos para velar por el bienestar de los migrantes y por la cohesión social en los países de acogida: desde reducir los costes del envío de remesas hasta fomentar la contratación legal, afrontar la migración por cambio climático, mantener la identidad nacional ante grandes flujos de inmigración, combatir el impacto (percibido o real) de la competencia entre trabajadores inmigrantes y nativos, facilitar el reagrupamiento familiar, etc.

2.2.2. *Multiculturalismo*

En los países de destino, Gobiernos y sociedades van reconociendo los beneficios de la migración internacional desde el punto de vista económico y demográfico. Sin embargo, es difícil que desaparezcan los prejuicios sociales y étnicos, así como los choques culturales. Son frecuentes las tensiones y roces con motivo de prácticas o costumbres tradicionales que conculcan derechos humanos, sobre todo relativas a la mujer, y que son ilegales en el país receptor: poligamia, ablación genital, matrimonios forzados o de menores, uso de determinados velos islámicos, etc. La inmigración en masa se llega a percibir como una amenaza para el Estado-nación cuando este se concibe como integrado por una comunidad nacional basada en un linaje, lengua y cultura milenarios o cuando se considera en riesgo alguna parte del consenso social sobre el que se sustenta. Además, en los últimos años, los problemas internacionales han influido negativamente en la imagen de los inmigrantes (terrorismo yihadista, motines en los suburbios de París en el 2005, etc.). A ello se añade la manipulación política de este tipo de incidentes por parte de sectores de la clase política o medios de comunicación, que alimenta la xenofobia (islamofobia, sobre todo) y la discriminación contra los inmigrantes, a quienes, además, se culpa del estancamiento económico y el desempleo en épocas de crisis.

Para abordar esta problemática, se han aplicado básicamente dos modelos, la asimilación y la integración, con variantes y resultados desiguales, según los países. La asimilación o aculturación, utilizada en los EE. UU., pero también Francia o Gran Bretaña, consiste en presionar sobre los inmigrantes para que adopten la lengua y los valores cívicos del país de acogida (patrones culturales, sociales y religiosos) hasta lograr la plena ciudadanía. El modelo de americanización norteamericano es el ejemplo por excelencia, aunque el resultado final,

reflejado en la famosa metáfora de Milton Gordon (1964) de América como un *melting pot* o *crisol de culturas*, es más bien la formación de una nueva identidad nacional, amalgama en la que tradiciones foráneas se funden con los valores tradicionales del país.

El segundo modelo surgió en las últimas décadas del siglo xx, cuando los programas de asimilación empezaron a resultar más difíciles de imponer, sobre todo al multiplicarse los procesos de reunificación familiar, y cuando se generalizó una mayor aceptación de la diversidad cultural. Desde Gran Bretaña se difundió a Canadá, Australia y Europa occidental: fueron las políticas llamadas *de integración* en Europa y *de pluralismo cultural* en los EE. UU., aunque terminaron siendo conocidas como *multiculturalismo*. Todos los ciudadanos deben adoptar un conjunto común de valores e ideales sobre la esfera pública, acompañado de igualdad de oportunidades en empleo, vivienda, educación y sistema de bienestar, igualdad ante la ley, etc.; pero los inmigrantes y los grupos de minorías étnicas pueden mantener sus características étnicas y sus creencias culturales distintivas en el ámbito de su vida privada. El discurso subraya las nociones de tolerancia, representación, participación y derechos culturales de los distintos grupos, incluidos el derecho a hablar su lengua, a mantener instituciones y prácticas culturales, lugares de culto propio, etc. Este modelo no es homogéneo. En su versión más suave, se acepta la diversidad cultural en el ámbito privado, pero el Estado mantiene una actitud neutral hacia la diversidad cultural y no hay distinciones en temas como educación, vivienda, servicios sociales, etc. En su versión más radical, se procede al reconocimiento de las diferencias culturales en la esfera pública: permiso para mataderos especiales musulmanes y judíos, adecuación de horarios laborales para prácticas religiosas, aceptación de vestimentas tradicionales –turbantes– o códigos de modestia femenina, costumbres sobre enterramientos, juramentos sobre sagradas escrituras etc. Además, se proveen dotaciones y servicios en lengua, educación, sanidad, justicia, etc. (intérpretes, menús adaptados, cuerpos de funcionarios y trabajadores sociales comunitarios, apoyo en escuelas, etc.), se permite la organización de representación étnica o cultural para consulta e intermediación con Gobiernos locales o nacionales y se facilitan recursos para actividades culturales a las distintas comunidades.

Este segundo tipo de multiculturalismo ha provocado las controversias más sonadas, sobre todo en torno a educación y religión. Han coincidido con las demandas de *educación separada* por parte de comunidades como la musulmana y otras minorías de inmigrantes no occidentales, que buscan enclaves étnicos y religiosos para practicar su fe. En particular, el apoyo financiero de Arabia Saudí y de otros países ha servido para instalar mezquitas y crear organizaciones musulmanas, en muchos casos de orientación rigorista. Todo ello en un clima de creciente visibilidad de la inmigración musulmana en Europa, enrarecido por la marea del islamismo yihadista desde el 11-S (a veces respaldado por imanes fundamentalistas), y de cierta sensación de fracaso del modelo integrador por los bajos indicadores socioeconómicos alcanzados por los inmigrantes en educación, vivienda o empleo,

amén del temor a la segunda generación, que ha causado tensiones interétnicas y violencia en varios países. A un tiempo, el fenómeno urbano de la segregación residencial ha terminado separando a unos grupos étnico-religiosos de otros en barrios. El resultado ha sido un cierto temor a la creación de guetos, de comunidades culturales homogéneas cerradas y separadas, con peligro de crear una sociedad de enclaves, con acuerdos educativos, organizaciones comunales, lugares de culto e idioma propios, que puedan llegar a debilitar la identidad nacional y a dañar la cohesión social al ahondar los malentendidos culturales. De ahí las voces contra el riesgo de *etnización* del Estado, de división en sociedades paralelas y contra el relativismo cultural que prima los derechos colectivos sobre los individuales. Otros han denunciado el multiculturalismo por permitir estructuras no democráticas de liderazgo en las comunidades reconocidas oficialmente; han advertido que puede crear desventajas entre minorías, dependencia y rivalidad por fondos estatales, y que enfatiza la protección a la diversidad cultural relegando temas como el racismo, el sexismo o el fracaso escolar, entre otros.

Ciertamente, la asimilación, que supone imponer una identidad y cultura, parece difícil de sostener en una era de flujos y prácticas transnacionales (el migrante reformula su cultura de origen con la del país de acogida, pero no pierde el compromiso con su comunidad de origen), sin embargo, con el modelo multicultural, se corre el riesgo de exigir demasiado poco a los nuevos ciudadanos. De hecho, desde mediados de la década de los noventa y, sobre todo, en primera década del siglo XXI, ha crecido la desconfianza hacia la diversidad y se ha defendido la necesidad de volver a una visión más tradicional de la relación entre nación, cultura e identidad, como muestran las obras de Samuel Huntington, Giovanni Sartori, Bob Rowthorne o David Goodhart. En distintos países, se han reforzado los contenidos de idioma y cultura común en educación, así como las ceremonias de ciudadanía, e impuesto cursos obligatorios para adultos inmigrantes, en la línea de cohesionar la comunidad nacional. En los EE. UU., surgió un movimiento para reafirmar la primacía del inglés frente a educación bilingüe con español y, en Francia, se ha blindado la laicidad en las escuelas. Sin embargo, se trata de una problemática difícil de abordar porque sistemas que dan resultado en países fundados y alimentados por inmigración (Canadá, los EE. UU., Australia) pueden resultar más problemáticos en los viejos Estados europeos. También es cierto que hay comunidades de inmigrantes más dispuestas a la integración que otras, dependiendo de su religión, cultura o nivel de educación. Tampoco se puede seguir entendiendo *cultura* en términos estáticos y esencialistas, sin tener en cuenta el proceso de cambio cultural generado por la globalización, que promueve identidades sincréticas e interraciales: matrimonios mixtos, incorporaciones lingüísticas, mestizaje musical, etc. En consecuencia, resulta complejo encontrar un equilibrio: respetar la diversidad sin caer en un multiculturalismo que produzca segregación y, al tiempo, defender un conjunto de valores, derechos y responsabilidades que deben ser reconocidas y respetadas por todos, sin dejar de fomentar la igualdad de oportunidades para reducir desigualdad.

2.3. Las mujeres en el siglo xxi

En las últimas décadas, se han producido avances espectaculares en la situación de las mujeres en el ámbito de los derechos, la educación, la salud y el trabajo. Su papel en la familia y la sociedad ha experimentado un gran cambio con su incorporación al mercado laboral y a responsabilidades sociales y políticas de todo tipo. Los Gobiernos han aprobado medidas en favor de la igualdad de género como respuesta a las demandas de las organizaciones de mujeres y al consenso internacional favorable a una acción política más decidida, sobre todo tras las movilizaciones masivas de los últimos años. Pero aún queda mucho camino por recorrer, como muestran los índices de desigualdad de género.

2.3.1. *Los avances*

Según el Banco Mundial, en los últimos treinta años, 1.000 millones de mujeres se han incorporado al trabajo remunerado y estas constituyen, en el 2017, el 48,7% de la fuerza laboral mundial (el 35% en 1990). El desequilibrio en Educación Primaria entre niños y niñas se ha cerrado en la mayoría de los países en poco más de dos décadas: dos tercios de ellos han conseguido la paridad en la escolarización. En Educación Secundaria, se ha recortado mucho, sobre todo en América Latina y Asia Oriental. Hoy las mujeres constituyen más de la mitad de todos los estudiantes universitarios. Desde 1980 su esperanza de vida es mayor que la de los hombres en todas las regiones del mundo y la mortalidad ligada al parto ha caído un 36% desde 1990. De nuevo, logros que en los países ricos tardaron en materializarse cien años se han conquistado en cuatro décadas o mucho menos en países de desarrollo medio y bajo.

La rapidez de estos avances ha tenido que ver con el crecimiento económico sostenido de muchos de estos países y con la paralela y veloz caída del número de hijos por mujer en edad fértil: se ha pasado de una media de 5 a 2,5 en apenas tres décadas y en algunos países solo en dos, como en Irán. Tener menos hijos permite a la mujer más tiempo para invertir en formación o participar en la economía, lo que redundará en más posibilidades de educar mejor a sus hijas, que, a su vez, estarán más preparadas para vivir más, tener menos hijos y hacerse oír en el hogar y fuera de él, alimentando así el ciclo del cambio. Estos avances en transición demográfica y económica han coincidido con el impulso de políticas gubernamentales concretas en distintos ámbitos: inversiones en salud reproductiva y educación femenina, leyes que garantizan igualdad de derechos, cuotas de representación política, etc.

Esa apuesta gubernamental hubiera sido menos decidida sin el reconocimiento global de los derechos de las mujeres. En 1975, se celebró la I Conferencia Mundial convocada por Naciones Unidas sobre la mujer, en la que se aprobó el primer plan de acción mundial a cinco años. En 1979, se firmó la Convención para la Eliminación de toda forma de Discriminación contra la Mujer que, a pesar de su